

VICENTE MENGOD

TREMENDISMO FUNCIONAL

EL FUNCIONALISMO es la primacía de lo dinámico sobre lo estático, del devenir sobre el ser. Y lo tremendista puede ser lo terrible y desafortunado, si bien digno de respeto y reverencia, al mismo tiempo.

La literatura y el arte en general están grávidos de sutiles "ismos". Con mayor o menor fortuna tienen la virtud de entonar los vuelos de la gran parábola literaria y estética.

Aunque parezca paradójico, en la exacerbación actual del cultismo y en los afanes de echar a rodar los problemas del hombre por las pendientes de lo tremendo y monstruoso, se halla implícita una vibración romántica, en última instancia.

La idea de que la vida es la sombra de un sueño, y de que los humanos no somos los unos para los otros, sino invención de nuestros corazones, se ha convertido en triste o esperanzada verdad de nuestra época.

Primero fue la Cibernética. Ahora surge el funcionalismo literario. Los escritores de esta tendencia exhiben su cultura, porque sus obras necesitan tener encendidas dos llamas al mismo tiempo. Una de ellas, la de menor jerarquía, destinada al conflicto novelesco. La otra, de suma complejidad, al dato erudito, a la explicación científica.

No es raro que estos libros nos presenten a un enamorado de inspiración cultísima. El galán consulta el reloj, sabe que su amada lo espera en la confluencia de unas calles. Mientras se dirige al lugar de la cita, nos relata la fórmula matemática del "péndulo que bate segundos", evoca la presencia de Galileo, enfoca y resuelve problemas inauditos. Para terminar con unas metáforas, nunca formuladas en los habituales recintos humanos.

En nuestro fondo anímico hay un rico bagaje expresivo. Sólo espera una oportunidad para manifestarse, para construir castillos, afincados en los soportes de una lógica, a veces discutible.

El funcionalismo estético, disparado por los viales del humorismo, empapado de valores legendarios, cultor del tremendismo que subyace en la realidad de los monstruos, recientemente estudiados por el biólogo francés Jean Rostand, preludia la inminencia de una preceptiva de raigambre astronómica.

Sus metáforas, burbujas siderales y cósmicas, florecen en los vergeles de Urania.

Esa metáfora, antropomorfa en su origen, se recubre de halos científicos. Para establecer nexos entre la realidad y la fantasía, utiliza un cúmulo de perífrasis. Ya no cabe decir que las estrellas son los ojos de algún dios de célica contextura.

El funcionalismo exige afirmar que los corazones son un torbellino de raudos electrones. La muerte inexorable del bípedo implume, Werther por ineludible instinto, adquiere valores jamás intuidos.

En consecuencia, cabe imaginar las proyecciones humanas de una novela funcional cuyos héroes, provistos de un aliento vital cósmico, pugnan por saltar más allá de su propia sombra.

Se han lanzado señales hasta los astros que forman el cortejo solar. Si por ventura, alguna vez hubiese respuesta a los terrestres mensajes, habría llegado el momento de rehacer nuestras conquistas filológicas, porque todo el normal juego metafórico no serviría para gran cosa.

Desde lejanos confines llega hasta la tierra el rumor de ondas magnéticas. Esos ronroneos son la voz desvanecida de algunos astros que brillaron hace milenios, pero ya fenecidos para las galas siderales.

Los músicos han compuesto melodías electrónicas, han armonizado esos ruidos leves, que viajan por la comba y viales del firmamento.

El resultado melódico es una feroz algarabía, un ritmo que sobrepasa a nuestras concepciones auditivas, a nuestra manera de concebir orquestados los sonidos.

Todo ello repercute en la sensibilidad de los novelistas, poetas y dramaturgos, que ya se aprestan a conferir un nuevo sesgo a sus creaciones.

Nos hallamos en el punto de partida de una novísima literatura "tremendista y funcional", vertebrada en la razón y sinrazón de los más tremendos disparates.

Un análisis acucioso revela que desde los veneros de ese tremendismo sonrían dos escritores ingleses: George Wells y T. S. Eliot. El primero supo anticiparse al sentido estético y social de las conmociones planetarias. Y el segundo, imbuido de afanes de trascendencia metafísica, al fijar en sus poemas la concepción rítmica y total del universo, ha señalado el camino para una atomización del espíritu y de las sensaciones.

También se capta el rumor ideológico de algunos novelistas norteamericanos. Tales, por ejemplo, James Branch Cabell y Eudora Welty, ambos inmersos en las revueltas linfas de la imaginación.

Branch Cabell tiene dos novelas esenciales, precursoras de algunas modalidades novelescas actuales. Sus títulos, *Jurgen* y *Figuras de tierra*. He ahí dos creaciones que son "ficción" en el sentido original de la palabra. En su trama se anudan las mitologías, los viejos cuentos de hadas y ciertas historias verdaderas, si bien cazadas en su dimensión satírica y alegórica.

Eudora Welty escribió *El novio ladrón*, audaz ensayo de crear un cuento de hadas moderno, enmarcado en un ambiente que surge de la imaginación de los personajes. A ella pertenecen también *Una cortina de verdor*, *Los caminantes* y *Muerte de un vendedor*.

Diríase que estos escritores, antes de volcarse a escribir sus novelas, se habían empapado de las doctrinas filosóficas de George Santayana, filósofo y novelista ocasional que defendió el triunfo de la imaginación sobre las realidades emboscadas.

En Francia ha surgido una pléyade de nuevos novelistas. Tienen su programa y luchan contra innumerables problemas. Y hacen gala de "tremendismo funcional". Son ellos, entre otros, Michel Butor, Alain Robbe-Grillet, Claude Mauriac, Nathalie Sarraute y Louis Guilloux.

Michel Butor es autor de una novela extraña, titulada *Grados*. Su protagonista es un profesor de liceo, dedicado a contar-nos los acontecimientos de su clase. El funcionalismo alcanza, en estas páginas, una exactitud sofocante.

Grados no es una novela normal, sino una crónica minuciosa. Todo se halla anotado, el sitio de los alumnos, sus ausencias, la preparación de las lecciones, los vocabularios de griego y latín, el sentido pedagógico de los textos. Lógico es que un profesor tan metódico muera al término del libro. Algunos humoristas han dicho que eso les ocurre a quienes dedican todas sus energías a los enrejados de las conjugaciones de lenguas muertas.

Michel Butor es una especie de máquina registradora de muy mínimos incidentes. Tal vez porque la realidad es más compleja de lo que parece a simple vista.

Anotemos algunos detalles de esa minuciosidad descriptiva: "El año anterior, por esta fecha, el profesor ya nos había explicado la situación de la Europa en 1600, Isabel, Felipe II, Iván el Terrible, Solimán el Magnífico, Enrique IV..."

"Primera lección de geografía. Tú nos has descrito el interior de la tierra, su núcleo de níquel y de aluminio, su envoltura viscosa de sílice y magnesio, su corteza discontinua de sílice y de aluminio. Entretanto, un alumno, al mismo tiempo que anotaba cuidadosamente las explicaciones, agregaba algunas sombras al croquis que había hecho de la cabeza de César".

Este novelista francés está de moda. Lo siguen muchos lectores, tal vez por afanes de rareza. Traduce la complejidad de la vida, la registra con todo detalle y reviste sus afirmaciones con los paramentos de una gran altura libresca.

Esa misma técnica puede observarse en la reciente novela del escritor chileno Enrique Lafourcade, titulada *El príncipe y las ovejas*. El funcionalismo se roza en varias páginas. Sobre todo cuando el autor, haciendo el recuento de su información, se desliza por la pendiente de la bibliografía y de la evocación histórica. No obstante, sus aristas quedan limpias, al descubierto, fuera del mosaico novelesco.

Lafourcade, para fundamentar la posible demonología, hace que uno de los personajes diga: "¿Ha leído usted la *Historia de los diablos de Laoudun*, de Esquirol, publicado allá por 1814? Hay miles de tratados sobre la materia. ¿Sabía usted que es una afición que estoy empezando a cultivar? En un nivel científico, se entiende. Un problema que siempre ha preocupado a teólogos y filósofos. San Gregorio el Grande, San Isidoro de Sevilla. Los libros de Michel Psellos, el *Ars Magna*, de Lulio; los escritos de Giles de Rais, los de Ulricus Molitoritz, el admirable libro de Eloy D'Amerval, autor de fines del siglo XV, titulado *La gran diablería*..."

Fácil es adivinar la huella de Michel Butor, la versión de una técnica esbozada por el francés en su obra *La Modificación* y vuelta a cultivar, ya más meticulosa, en la novela *Grados*.

La tónica informativa, antes indicada, se utiliza con reiteración en *El príncipe y las ovejas*. La danza le sugiere al autor la cita de Chagall y Cranach, de Hieronymus Bosch y Breughel. Y en la fama de Andrea Doria, el gran "condottiere", se anudan

los nombres de Fiesque, Grimaldi, Spínola, Carlos v y Francisco I.

Toda esa avalancha informativa, por el hecho de estar incrustada, sin responder a una visión total del libro, sirve, tan sólo, para recargar la obra, susceptible de reducirse a un soliloquio de carácter místico y asceta, iniciado en la celda de un convento, murmurado frente al mar o agostado para siempre en el lecho de una bella mujer.

El funcionalismo tiene unas normas precisas. Se vale de la cultura para crear un mundo original. Manejado con torpeza hace posible la confusión entre lo novelesco y la especulación del ensayo. Pero éstas son dos especies que se rechazan.



Claude Mauriac ha escrito *Almuerzo en la ciudad*. Ahí tenemos a Martina y Beltrán Carnéjoux, que han invitado a comer a siete personas: un cineasta, un escritor, una bella modelo, una vieja parisina, un hombre rico, la esposa de un productor y un joven amigo de la familia. Todo transcurre en el plazo de una hora, lo que no impide el desfile de un menú suntuoso, minuciosamente descrito y anotado.

Hablan los personajes, entonan sus monólogos interiores, signados con la erudición. El tremendismo aflora en el contrapunto de frivolidad y de hervores humanos, llevados lentamente a lo largo de más de trescientas páginas de texto.

La novela de Alain Robbe-Grillet se titula *En el laberinto*, obra de contextura casi matemática. También podría ser comparada a un rompecabezas, cuyas piezas necesitan ser ajustadas con sumo cuidado, siguiendo el esquema de la realidad, inspirándose en los posibles vuelos de la fantasía.

Su técnica y contenido son los siguientes: Delante del lector se halla un cuadro, con sus figuras, remedando una posible acción. Los personajes se mueven, actúan, se unen y separan al socaire del relato. Al final, todos los individuos, de muy distinta extracción social, llegan a reconstituir el cuadro.

El lector está obligado a discurrir, si bien pensando que se halla inmerso en un mundo de fantasía, mejor dicho, en una realidad fantástica, tal como adviene en las obras de Ciencia-ficción.

Nathalie Sarraute se ha dado a conocer con su fabulación *El Planetario*, pobre en intriga, abundante en disquisiciones. La

autora nos presenta a una pareja mal avenida. Más de cincuenta páginas se dedican a narrar las obsesiones de una pobre mujer. Y se nos da un verdadero curso de psicología diferencial. Esa técnica ya existe en la obra de Ladislav Dormandi, *La vida de los otros*, crónica imperturbable de "los gestos de los habitantes de una ciudad".

Louis Guilloux se incorpora a la corriente funcional con su novela *El juego de paciencia*. La vida de una ciudad está vista con la seguridad implacable de un microscopio. Tema abierto, sin una solución concreta, el lector debe imaginar los puertos de arribo, después de una endiablada navegación por los mares de la fantasía.

Todas esas recientes novelas, en apariencia de matización policial, recurren a la fragmentación del tiempo y al monólogo paralelo. Gracias al recurso de lanzar dos razonamientos al mismo tiempo, el autor puede anudar la fábula con las interpolaciones eruditas. No se crea, sin embargo, que el nuevo hacer novelesco contribuya a cimentar la cultura del lector. Más bien, semejante barroquismo es algo así como una válvula de escape por la que se fuga el propio autor.

En nuestros días, muy cerca de los abismos estéticos se yerguen varios escritores que se niegan a admitir la realidad que nos rodea. Con cierta circunspección ya se habla de un arte literario abstracto. Y se expande un grito de combate, no exento de riesgos: "¡Muerte al personaje!".

Pierre de Boisdeffre, en su *Historia viva de la literatura*, escribe: "Del resultado del combate pacífico en que se hallan los partidarios y los adversarios de una "revolución" novelesca depende el porvenir de la literatura. Los menos prudentes piensan que sus descubrimientos echarán pronto al limbo de un pasado lejano el arte demasiado inteligible de Stendhal o Balzac".

Como un esperanzado paliativo, agrega: "Acaso estamos en vísperas de ver nacer un nuevo lenguaje de formas. Nunca, sin duda, han estado las aguas tan confundidas, ni han sido menos puras; nunca han estado tampoco las fuentes más lejos de agotarse".



Como ya hemos indicado, el "tremendismo funcional" cultiva la realidad, pulverizada en virtud del análisis, y se detiene en lo

irreal y fantástico, con héroes que brillan por su ausencia. En determinados casos, los personajes son verdaderos "robots", ectoplasmas, fantasmas del ser.

Se ha hablado, incluso, de una "antinovela". Y de la misma forma, se defiende la presencia de una "apoesía".

En torno a este tipo de creaciones se han dejado volar los nombres precursores de Einstein y de los máximos cultores de la Cibernética, para indicar que ciertos novelistas y poetas parcelan las realidades con la unidad de un largo de onda electromagnética.

Un antipoeta sería el francés Francis Ponge, del cual se ha dicho que "tiene la ambición de lavar las palabras de las capas superpuestas de grasa cristiana y romántica". Conocido es el libro de Henri Pichette, *Apoemas*.

Es muy posible que estos rapsodas, imbuidos de afanes innovadores, hayan nutrido su inspiración y su verbo en las obras de Saint-John Perse, poeta difícil, no porque sea hermético, sino porque utiliza un lenguaje exótico y pone en vigencia una gramática arbitraria.

Sabido es que para justificar su manera de construir las frases ha dicho: "Y de toda esa cosa alada de que os valéis, me construyo un puro lenguaje, sin oficio, es decir, imprevisto".

Su formación humanística, su conocimiento de la filosofía griega, informan el sentido casi esotérico de varios poemas, que alguien diría brillantes juegos de artificio metafórico.

Para Saint-John Perse escribir un poema es una labor minuciosa, un ejercicio de tipo cultural. Es amigo de los detalles, vistos desde su verdadera esencia. De ahí su inclinación a cifrar las emociones, en un trabajo constante de abstracción.

Refulge en sus obras la maravilla del vocablo. Frente a la tristeza contemporánea, el poeta nos habla de una salud corporal y anímica, creada por el sortilegio de lo maravilloso.

Semejante cultismo y tales fugas hacia lo maravilloso están en la médula del actual "tremendismo funcional". Ahora bien, los nuevos autores les han dado un sesgo muy personal. La erudición se lleva hasta su límite máximo, aunque sea en detrimento de la gracia novelesca. Y el mundo de la fantasía se puebla de monstruos biológicos, morales.

Existe también un "antiteatro", lleno de símbolos, no siempre reductibles. Los dramaturgos nos proponen temas absurdos. Citemos el caso de un personaje que, en cada uno de los actos teatrales, va perdiendo sus brazos y piernas, para terminar en un

hombre inválido. El símbolo glosado por el autor tiene posibles resonancias morales. La sombra de Kafka y de Sartre ronda en las tablas de la farsa tremendista.

Sin duda, en todas estas innovaciones hay un deseo concreto: cazar al hombre en toda su complejidad.

El ser humano lucha por obtener la conciencia exacta de su destino. Y sale a buscar ideas en las playas y en los altos mares del universo. Pretende aprisionar en sus redes los peces vivos del Cosmos. Utiliza burdas mallas, finos reteles costeros. A veces, olvida que para inmovilizar grandes presas necesita arpones. Y que para observar los infusorios se requiere la presencia del microscopio.

El nuevo grupo de escritores funcionales y tremendistas encamina sus pasos hacia los umbrales de una realidad monstruosa. Quizás los hallazgos les sean dados por añadidura.